

### VIA-MALA.

#### Explotación de maderas.

La riqueza de los Alpes consiste en las maderas y en los pastos; pero las vacas no pueden apacentarse en todos ellos: hay sitios difíciles en los que solo es dado penetrar á las cabras monteses, ó al segador nómada, que para coger un poco de yerba trepa sin miedo por las mas escabrosas pendientes, y anda atrevido por angostísimas cornisas, mirando á sus pies un abismo profundo. Los bosques son regularmente espesos y de difícil penetración, y esta es la causa de que la explotación se haga á costa de tantas fatigas, y de que á veces ofrezca peligros. Favorecido algunas veces el leñador por lo escarpado de las montañas que circundan el valle, después de haber conducido hasta el borde de las rocas las maderas que para su uso cortára, las precipita arrogante en el fondo de la llanura y no necesita de otro me-

dio de transporte, á lo menos para las maderas de consumo, que no hay inconveniente se quebranten y hagan pedazos.

Si está lejano el lugar en que las maderas han de cortarse, muchas veces un riachuelo, un torrente que corre bajo la selva explotada, recibe en su seno los despojos que se le arrojan, y los conduce á la primera aldea. Allí se construyen almadías, y desde ellas se conduce á los países circunvecinos y aun hasta á Holanda el tributo de los Alpes.

En otros puntos pueden las montañas por sí mismas arrastrar las maderas, haciéndolas deslizar por ciertos pasillos de imposible tránsito para los caballos y carruages. Este medio de transporte ha estado tan en uso, aun en los caminos de carretera, que se han dado leyes prohibiendo se arrastren las maderas por los caminos públicos. Pocos turistas hay que no hayan encontrado en los caminos de la Suiza unas piedras puestas en lo alto de las pendientes en las cuales se ven grabadas estas sacramentales palabras. «La ley prohíbe ensayar sin guarda-rueda, y trasportar las maderas arrastrándolas.»

27 DE ABRIL DE 1851.



Pero si las cercanías no ofrecen pendientes accesibles, si en el fondo de una garganta salvaje como esta, en vez de correr el torrente, se quiebra, espumea, salta y sigue un rumbo asaz tortuoso para hacer imposible por su medio el transporte de las maderas, entonces es necesario recurrir á otros medios para esquilmar á las rocas Alpinas sus escondidos tesoros. Los leñadores se encaraman por estrechos senderos, y luego que llegan al lugar de la explotación, establecen un aparato mecánico del que dá una idea clara al grabado. En cada lado del precipicio se fija una polea en la cual engrana una maroma de suficiente fuerza, y de este modo las maderas atraviesan libremente el abismo.

Estamos, pues, en plena Via-Mala en el canton de los Grisones, entre Thusis y Ander. El aparato mecánico no tiene otro nombre que el de su propietario M. Schreibes. Lo que mas frecuentemente se baja es el carbon que se hace en lo alto, el cual está destinado para el consumo de los pueblos circunvecinos y de algunas fundiciones que se hallan en el contorno. Sin embargo, se bajan tambien maderas de consumo y de construccion. Las dos barraquitas distan una de otra de 500 á 400 metros.

En el fondo de esta espantosa garganta, y entre los valles de Schams y de Domleschg se precipita el Oschein posterior (Hinterrehein). La Via-Mala, llamada así por las frecuentes desgracias ocurridas á consecuencia de los desprendimientos de las rocas, se comenzó el año 1470. Mas tarde se construyeron puentes sobre el abismo, y el pasajero no puede menos de rendir homenaje al audaz arquitecto Christian Vildener, de Davos. El puente mas antiguo construido en el principio del camino conduce desde la orilla izquierda á la derecha: el segundo de la derecha á la izquierda, y el tercero tambien de la izquierda á la derecha. La profundidad que hay bajo el segundo puente es de 166 metros.

La angostura de la garganta es tal, que apenas se percibe el rio que corre espumante en el fondo. Cuando se sale de aquellos horribles desfiladeros, y se entra en el delicioso suelo de Ander, causa una agradable y singular sorpresa el ver aquellos lindos edificios rodeados de verdes praderas, y aquellos excelentes albergues donde se puede con tranquilidad reposar. El pais de los Grisones es una de las partes menos visitadas de la Suiza, y sin embargo de las mas dignas de serlo.

## AUTOS SACRAMENTALES DE CALDERON.

(Conclusion.)

Ya que están repartidos los papeles, el mundo va dando á cada uno insignias y atributos que le son propios: dá púrpura y laurel al rey; á la hermosa, flores lozanas; al rico, joyas de gran precio; á la discrecion, cilicio y disciplina; al labrador, un azadon; y al llegar al pobre le pregunta:

Mundo. ¿Qué papel es tu papel?  
 Pobre. Es mi papel la afliccion,  
 (1)  
 es la angustia, es la miseria,  
 la desdicha, la pasion,  
 el dolor, la compasion,  
 el suspirar, el gemir,  
 el padecer, el sentir,  
 importunar y rogar,  
 el nunca tener que dar,  
 el siempre haber de pedir.  
 El desprecio, la esquivéz,  
 el baldon, el sentimiento,  
 la vergüenza, el sufrimiento,  
 el hambre, la desnudez,  
 el llanto, la mendiguez,  
 la inmundicia, la bajeza,  
 el desconsuelo y vileza,  
 la sed, la penalidad,  
 y la vil necesidad,  
 que todo esto es la pobreza.  
 Mundo. A tí nada te he de dar,  
 que el que haciendo el pobre vive,  
 nada del mundo recibe;  
 antes te pienso quitar  
 estas ropas, que has de andar

(1) Aquí falta un verso.

desnude para que acuda  
 yo á mi cargo, no se duda. (Despójale.)

Pobre. En fin, este mundo triste  
 al que está vestido viste  
 y al desnudo le desnuda.

Empieza la representacion, que preside el autor desde un trono de gloria. En la escena hay dos puertas opuestas: una representa la cuna, otra el sepulcro. Todos van saliendo por la primera á hacer sus respectivos papeles. El rey, la hermosa y el hombre rico, se dejan llevar del desvanecimiento y del orgullo; la discrecion, estudia y desprecia los bienes del mundo; el labrador, trabaja malcontento; y el pobre se queja de su suerte y pide limosna: recházale todos, dándole solamente la discrecion.

Cuando está el rey mas envanecido de su poder, enumerando sus vastos dominios, gozándose en su gloria y su grandeza, oye una voz que canta dentro:

Rey de este caduco imperio,  
 cese, cese tu ambicion,  
 que en el teatro del mundo  
 ya tu papel acabó.

Váse el rey por la puerta del atahud, y aunque su muerte pone en confusion á los demás actores, la olvidan al momento, y dice el mundo:

¿Qué presto se consolaron  
 los vivos de quien murió!

Sucede luego lo mismo á la hermosa, luego al labrador, luego á un mismo tiempo al pobre y al rico, á quienes dice la voz:

Número tiene la dicha,  
 número tiene el dolor,  
 de ese dolor y esa dicha  
 venid á cuentas los dos.

Queda la última discrecion, que se va ella misma sin que ninguna voz la llame: y cuando queda sola la escena se pone el mundo á la puerta del sepulcro, y dice:

Corta fué la comedia; pero cuándo  
 no lo fué la comedia de esta vida,  
 y mas para el que está considerando  
 que todo es una entrada, una salida?  
 Ya todos el teatro van dejando  
 á su primer materia reducida  
 la forma que tuvieron y tomaron,  
 polvo salgan de mí, pues polvo entraron.  
 Cobrar quiero de todos con cuidado  
 las joyas que les di, con que adornasen  
 la representacion en el tablado,  
 pues solo fué mientras representasen.

Sale el rey, y el mundo le pregunta quién es, á lo que le responde haciendo una pomposa enumeracion de sus titulos y de sus glorias, y al acabar le dice el mundo:

Pues deja, quita, suelta la corona,  
 la magestad desnuda, pierde, olvida,  
 vuélvase, torne, salga tu persona  
 desnuda de la farsa de la vida.

Sale la hermosa, y el mundo la dice:

¿Dónde está la beldad, la gentileza  
 que te presté? Volvémela procura.

Hermosura. Toda la consumió la sepultura.  
 Allí dejó matices y colores,  
 allí perdí jazmines y corales,  
 allí desvanecí rosas y flores,  
 allí quebré marfiles y cristales.

Todos van en fin saliendo y volviendo al mundo lo que de él recibieron, y al salir un niño á quien Dios ha condenado á morir sin nacer, le dice:

Mundo. Tú que al teatro á recitar entraste,  
 ¿cómo, di, en la comedia no saliste?  
 Niño. La vida en un sepulcro me quitaste,  
 allí te dejó lo que tú me diste.

Después que ha cobrado todo lo que dió, dice el mundo:



Ya que he cobrado augustas magestades,  
ya que he borrado hermosas perfecciones,  
ya que he frustrado altivas vanidades,  
ya que he igualado cetos y azadones,  
al teatro pasad de las verdades,  
que este el teatro es de las ficciones.

Entonces el divino autor juzga á cada uno segun el modo con que ha desempeñado su papel. El *rico* se condena; el *pobre* y la *discrecion* se salvan; sálvese el *rey* á ruegos de esta; y el *labrador* y la *hermosura* quedan en el purgatorio con esperanzas de asistir algun dia á aquella espiritual cena que es la Eucaristia, asunto final del auto.

Si el temor de prolongar demasiado este artículo no nos detuviera, citaríamos otros muchos pasages, y aun autos enteros, en que nuestro autor se muestra admirable: basten las muestras que ya hemos dado, si bien no son tal vez las que mejor pudiéramos haber elegido; pero despues de una larga lectura de estos autos, indecisos entre tanta belleza, nos encontráramos en la situacion del hombre que se vió de repente en la caverna del Dios Plutó, rodando á sus pies el oro y la plata, colgando por las paredes, como estalactitas brillantes, los diamantes, los rubies, toda clase de piedras preciosas, iluminado todo por la claridad de cien antorchas encendidas: este hombre, deslumbrado por tanta luz, aturrido á la vista de tanta riqueza, quedaba al principio desvanecido y admirado, despues se despertaba en él el sentimiento de la codicia, queria ser dueño de aquellos tesoros, pero en la imposibilidad de llevar todo lo que veia, corría de una parte á otra tomando, dejando, volviendo á tomar lo mismo que habia ya dejado, y llevando al fin al acaso lo primero que alcanzara viendo que la eleccion era tan difícil.

Toda medalla tiene su reverso: réstanos, pues, hablar de los defectos de las obras que nos ocupan, ya que hemos hablado de sus bellezas. La critica, del modo que generalmente se ejerce hoy entre nosotros toca siempre en dos extremos opuestos: elevase á un autor hasta ponerle en las nubes, ó se le rebaja hasta confundirle en el polvo. Cuán diferente aparece la naturaleza en sus procedimientos: no hay cosa tan mala en si misma que no tenga tambien algo de buena; no hay cosa tan buena á la que no falte algo para serlo enteramente; y si la suprema, la infinita inteligencia de Dios no ha podido producir nada enteramente perfecto, ¿qué hará el hombre con su inteligencia limitada, encerrada en un círculo que por mucho que se agrande será siempre pequeño? Las obras del hombre serán siempre defectuosas, por mucho que avance la humanidad por ese camino de perfectibilidad indefinida en que parece hallarse colocada; allí donde haya bellezas habrá tambien imperfecciones: el sol es la fuente de la luz y tiene manchas en su superficie. Esto sucede sobre todo en las obras de ingenio, en las obras literarias; esto sucede, en fin, á nuestro autor.

Empezaremos notando en él esa oscuridad de conceptos de que tanto se le acusa, si bien en sus autos es menos frecuente y mas disculpable: menos frecuente, porque no teniendo que jugar, como en sus comedias, con aquella galanteria conceptuosa y afectada de la época, se acerca mucho mas al tono que conviene á cada personaje; mas disculpable, porque donde se muestra mas oscuro es en aquellos pasages donde con un sentido perpétuamente figurado tiene que sostener alegorias muchas veces forzadas, siendo de notar, sin embargo, que algunas veces esplica con bastante claridad cuestiones sumamente difíciles de teología, sin apartarse jamás, segun atestigua el examinador en la aprobacion á la primera parte, del parecer de los teólogos y santos padres. Mucho nos deja que desear, sin embargo, respecto á la claridad: romances tiene de esposicion larguissimos, oscuros, casi incomprensibles, en los que se olvida el objeto principal, como se pierde de vista una senda tortuosa entre dos montañas. Las alegorias padecen algunas veces de este mismo defecto: en *El nuevo palacio del Retiro*, el *rey* es unas veces el *rey Felipe IV*, otras el mismo *Cristo*; la *reina* representa la *reina Isabel*, esposa de aquel, y al mismo tiempo la *Iglesia*, de lo que resulta gran confusion. Otras veces pecan las alegorias de poco naturales, de inconvenientes, y aun de extravagantes: en el mismo auto se corre una sortija con el Santísimo Sacramento, y al fin se le lleva la *fé*, y se hace á S. Pablo presidente del supremo Consejo de Castilla, á Santiago del de la Guerra, á San Felipe del tribunal de Hacienda y cuentas, etc.; en *El valle de la Zarzuela*, Jesucristo es un principe que anda á caza de la *culpa*, y al fin la mata de un escopetazo; en una loa, S. Juan Bautista, S. Lucas, Adán, la Magdalena, Melquisedech y la *fé* tiran á la barra, llevándose la *fé* el premio.

Algunas veces paga tambien tributo á la costumbre de introducir graciosos que hiciesen reir al pueblo. Estos son unas veces la *inocencia*, otras la *simplicidad*, otras algun rústico, y aun en el *cubo de la Almudena* hay un morisco que se parece á Ali en su comedia la *Virgen del Sagrario*, si bien es mejor el último. Estos graciosos, aunque no están mal tratados, no siendo generalmente groseros ni obscenos, des-

dicen siempre, sin embargo, del tono elevado de la composicion, y causan mal efecto.

Hemos hablado de las bellezas y de los defectos de los autos sacramentales de Calderon; al tratar de las bellezas hemos sido pródigos de ejemplos y parcos de encomios, porque todas las descripciones y los elogios posibles no nos pueden dar tan buena idea de la hermosura de una rosa como la que adquirimos viéndola á la primera ojeada; al tratar de los defectos hemos seguido el método contrario, porque si se trata de mostrar á un hombre las espinas de esa misma rosa, basta enseñárselas, sin obligarle á que las toque demasiado, porque entonces se lastima.

Hemos concluido, pues, este exámen, si exámen merece llamarse una ojeada tan superficial. El asunto era vasto, nuestras fuerzas pocas, reducidos los limites de que podíamos disponer en las columnas de un periódico; no es extraño que el desempeño no haya correspondido á lo que de pluma mas experimentada pudiera esperarse. Nuestros deseos quedarán satisfechos si conseguimos despertar en algunos el deseo de estudiar á Calderon en esta parte de sus obras, tan olvidada entre nosotros, y que no merece ciertamente este olvido.

JOSÉ MARIA DE LARREA.

## LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

### CAPITULO III.

#### Las bodas de la infanta doña María.

El personaje mas importante que habia en Lisboa, no era seguramente el *rey D. Juan III*, sino el infante cardenal D. Enrique, comendador de la Santa Cruz de Coimbra, arzobispo de Evora, de Braga, inquisidor general y gobernador de aquellos reinos.

Pocos ilustres principes han obtenido en Portugal la veneracion de los pueblos con mas justicia que el infante-cardenal D. Enrique. Inteligente, enérgico, magnánimo, piadoso, cortés con las damas, tolerante con los caballeros, afable con los desgraciados, fué el único inquisidor que se hizo amar de los verdaderos católicos. No ha habido otro principe que á los 33 años de edad pudiera reunir en su persona tan graves cargos, y desempeñarlos con una prudencia mas consumada. No recordaban los portugueses haber visto bajo la mitra rostro mas jóven y bello; y les causaba pasmo la presidencia del principe en los graves actos inquisitoriales. Pálido, con el cabello rubio y ensortijado, con los ojos de un azul bello y dulce, con los labios entreabiertos por una perenne sonrisa, mas bien que el juez encargado de condenar á los hombres, parecia el angel que redimia á los condenados.

Precisamente el infante cardenal era inquisidor cuando empezaba en España la encarnizada persecucion contra los herejes, secundada en Portugal con todo el exagerado celo que inspiraba el fanatismo á los prelados de aquel reino.

Ese poder de la iglesia que hizo temblar pocos años despues á Felipe II, tenia todavia en España el correctivo del emperador Carlos V, que levantando su cetro por cima de la silla pontifical, cuando Paulo III no queria acceder á sus peticiones, recurria á los teólogos, y les hacia componer un *Interin* (1).

Pero en Portugal era débil D. Juan III para resistir á ese poder formidable que aparece en los siglos pasados á la luz de la hoguera de la inquisicion, como me imagino á la bruja de los cuentos en las noches oscuras en torno de la llama donde quema á los niños vivos entre conjuros misteriosos.

Portugal estaba espantado con el miedo de los herejes; y empezaban á fulminarse terribles condenas á los que se juzgaban solamente tibios en el cumplimiento de las prácticas del catolicismo.

En vano el justo corazon del infante cardenal procuraba suavizar las penas que pedian los eclesiásticos para el que no habia oido con reverencia un largo sermón, ó para el que habia cometido la imprudencia de confesar que tenia amigos protestantes. El clero se enfurecia, el vulgo bramava, y los inquisidores tenian que decretar cuando menos una prision perpétua.

Ya empezaba la gota de agua á refrescar muchas cabezas, y la llama á calentar muchos huesos, cuando se supo en Portugal la espulsion de la Suavia de todos los predicantes y maestros que se creian inficionados de la doctrina herética. La política portuguesa, imitadora desde muy antiguo de la política española, se propuso adoptar tambien una medida análoga á la de Carlos V, y en su consecuencia resolvió D. Juan III, de acuerdo con los inquisidores, espulsar

(1) Apuntes de la vida de Fulgino Helling y Agrícola, autores del *Interin*.



también á todos los que fuesen sospechosos, empezando por declarar *idólatras* á Cosme Seneri, escultor italiano, por haber dicho que las *venus romanas* eran la mayor riqueza de Portugal, y á Bernardo Ruiz, pintor andaluz, por haber copiado el rostro de una virgen para colocarlo en un cuadro de composición mitológica.

En tal estado se hallaba la suspicacia del clero portugués cuando empezó á circular por Lisboa el rumor de que la infanta doña María tenía en su jardín una *cénu* que adoraba un castellano. Este rumor llegó á oídos de doña María, y mandó derribar la estatua; pero no debieron de quedar satisfechos los ánimos piadosos cuando elevaron una formal queja al infante cardenal solicitando la prision del castellano.

Terminada la academia después de la despedida de Luis de Camoens, pidió el infante cardenal permiso para hablar á doña María, y fué recibido en su cámara.

—Venid con Dios, hermano mio, dijo la infanta besando su mano respetuosamente.

—Hermana mia, contestó D. Enrique devolviéndole el ósculo con el mismo respeto: Dios os bendiga, traigo para vos una embajada importante, y quisiera saber si estais en disposicion de oirla.

—Siendo vos el embajador, hermano mio, siempre estoy dispuesta á escuchar.

—¿Aludis al obispo de Agdas que no ha hallado gracia con vos?

—Aludo á todos los embajadores.

—¿Y por qué esa prevencion contra los *embajadores*?

—Voy á deciroslo, D. Enrique. Apenas tenía yo cuatro años, huérfana del rey y retirada con mi augusta madre en el monasterio de Odiveña, cuando vi al primer *embajador*. Llamábase el duque de Alba, y era un gentil caballero, tal como yo había imaginado al rey mi padre, con un semblante lleno de magestad y un vestido brillante. La impresion que me causó el duque de Alba fué tan estraña que cuando entró en el convento corrí hácia mi madre diciéndola: «¡señora, un rey!»

El duque venia comisionado por mi tío el emperador Carlos V para tratar las bodas de mi madre con Francisco I y conducirla á España. Yo nada pude comprender hasta que mi madre me abrazó llorando y me dijo: «Adios María, hija de mi corazon: me separo de ti. Dios te haga dichosa.»

Salió del convento para venir á palacio, y no tenía siete años cuando me presentó el rey á otro embajador. Era un viejo cuyo rostro no se



Luisa Sigee leyendo un poema en el gabinete de la infanta doña María (véase la página 115).

veía debajo de la peluca sino por la puntiaguda nariz. Me hizo saber que era embajador de Francia, y que venia á pedir mi mano para el Delfín. Segun me esplicó, ya había dado el rey su palabra, y yo estaba casada sin sospecharlo. Cuatro meses despues vino un nuevo embajador vestido de negro á darnos la triste nueva de la muerte del Delfín. Por consecuencia á los nueve años me hallé viuda. Vistiéronme de luto, y recibí el pésame de la corte; pero muy pronto fui despojada de la negra vestidura para desposarme con el hermano de mi difunto esposo, con el duque de Orleans, á quien perdí á los seis meses, quedando por segunda vez viuda antes de los diez años.

Aun no se había retirado el embajador que vino á dar la noticia de la muerte del duque, cuando me anunciaron al embajador de Hungría, Mr. Lordes.... Al llegar aquí doña María, no pudo el infante cardenal reprimir la risa que le causaba la donosa relacion de aquellas bodas, y dijo:

—Veo, hermana mia, que será difícil hallar un príncipe en la tierra con el cual no os hayais desposado.

—Aguardad, hermano mio, continuó la infanta, que falta mucho á la historia. Vino Mr. de Lordes y me pidió en nombre del rey de Hungría para su hijo Maximiano. Desposáronme de palabra por tercera vez, y la corte se apresuró á felicitarme. Trajéronse costosas galas, y ya se disponia mi viaje, cuando llegó otro *embajador* de mi augusto tío el emperador Carlos, que con pretexto no sé de qué guerras, dispuso divorciarme de Maximiano para casarme con el archiduque Fernando. Ya me consideraba esposa del heredero del rey de romanos; pero con otro motivo mudó de parecer el emperador, y todo quedó deshecho; proponiéndoseme en seguida, por medio de Mr. Honorio de Cais, la mano de mi primo D. Felipe.

Ignoro los motivos que impidieron la realizacion de este enlace. Solo sé que D. Felipe tomó otra esposa, y que ya me creia libre de

*embajadores*. Mas ¡ay! ayer me advierte el rey la llegada del obispo de Agdas, y un triste presentimiento me dice, D. Enrique, que este embajador viene, como todos, á traerme alguna pesadumbre. Si no es á llevarse á mi madre, porque no tengo la dicha de que esté conmigo, ni es á anunciarme un duelo ó á declarar una guerra, vendrá á proponerme algun casamiento.

Terminó la hermosa princesa con un gesto de desden estas graciosas palabras, y D. Enrique se sonrió bondadosamente.

—Hermana mia, replicó; al oír vuestra relacion cualquiera tiene derecho para anatematizar á la raza de embajadores que tanto os ha mortificado, y yo me apresuro á abandonar tan desgraciado título, temeroso de escitar vuestro desagrado.

—No temais, D. Enrique, vos podeis serlo impunemente.

—¿Y si viniera á hablaros de bodas?

—¿Con que no me he engañado? el obispo de Agdas....

—Viene á pedir vuestra mano para el príncipe D. Felipe, que se halla viudo de doña María.

—¡Dios mio! exclamó la infanta aterrada; y ¿qué ha contestado el rey?

—Doña María, oidme, añadió el infante cardenal revistiéndose de una gravedad solemne. El emperador Carlos V es el dueño del mundo. Sus águilas se ciernen sobre Italia, suspenden entre sus garras la corona de Francia, espantan con su vuelo al rey de Méjico, hacen sus presas en los campos africanos, y van á reposar sobre las torres de Flandes. El nido mas pequeño que tienen las águilas del emperador no cabe en nuestra tierra, porque ese nido es España. Nadie como Carlos V puede decir: «yo doy la vuelta al mundo sin salir de mis dominios; yo tengo lecho propio en los antipodas....»

—Y que....

—Ninguno desde Alejandro ha conseguido tantos triunfos: ninguno ha dado muestras de tan grande poder....



—Acabad, D. Enrique.....  
—El emperador es el árbitro de la paz y de la guerra de las naciones: los reyes todos del mundo son sus ahijados.....  
—Pero señor.....  
—El emperador no solicita: manda; sus mas ligeras insinuaciones son leyes.....

—Luego él ha dispuesto.....  
—De vuestra mano, doña María, y es imposible rehusar.  
Doña María guardó silencio por unos instantes, y luego, escondiendo el rostro entre sus manos, rompió en llanto.

—¡Hija mia! exclamó D. Enrique tomando entre sus palmas aquella linda cabeza: escuchadme, por Dios, y no os entregéis á un dolor injusto. No os hablaré del honor que sería para una dama ilustre el enlazarse con el heredero del trono de Castilla, con el hijo de un héroe: no os hablaré de la vanidad porque conozco vuestro sencillo carácter; pero permitidme que os haga conocer las virtudes de don Felipe. ¿Quién no envidiaría la dicha de tener por suyo al príncipe mas piadoso de la cristiandad? ¿Sabeis que en España es respetado



(La infanta doña María).

de todos los pueblos como si ciñese ya la corona, por su temprana sabiduría y por sus innatas virtudes?

—Todo lo sé, replicó la infanta sin dejar de llorar; pero no quiero ser reina.

—Nuestros deseos, hija mia, significan bien poco cuando Dios nos elige para que desempeñemos graves cargos. Si Dios ha determinado que lleveis una corona, en vano procurareis resistir su voluntad.

—¡Ah, la voluntad de Dios es que yo no pertenezca á los hombres, D. Enrique! Harto me lo revelan los misteriosos acontecimientos que han evitado siempre la realizacion de todos los lazos que se han formado para unirme á un esposo. Y creedme, esta boda no se realizará aunque yo la admitiera. Tal vez el príncipe moriría de repente, ó se encendería una guerra entre España y Portugal.

—Vuestra imaginacion, hermana mia, se halla preocupada por sinietras ideas. Espero que se disipen. Estais agitada y necesitais reposar. Mañana volveré y hablaremos mas despacio de la felicidad que os aguarda. Pero antes tengo una gracia que pedirós.

—Decid.

—Teneis á vuestro servicio á un caballero español llamado D. Mariano Enriquez.

—Sí.

—El tribunal tiene que entender en su vida.

—¿Cómo?

—Se le acusa de idolatría.

—Ese caballero es un buen cristiano.

—Tal vez.....

—Y está bajo mi proteccion.

—¿Sabeis que para el tribunal no hay inmunidades?

—¿Y qué queréis?

—Que lo entreguéis antes que se os reclame.

—¡Entregar yo misma á un inocente!

—Si está inocente, nada debe temer.

—¿Pero con qué pretexto entrego á uno que no es culpable?

—Ha adorado á la Venus que estaba en vuestro jardín.

—Esa estatua no existe ya.

—Pero existe su delito.

—Su entusiasmo no era una adoracion.

—Los católicos condenan ese entusiasmo; y es imprudente, hermana mia, que os encarguéis de patrocinar á un herege, ¡vos, tan santa!

—¿Y qué debo hacer, hermano mio?

—Enviadme mañana el culpable con una carta vuestra en que diga: «El enemigo habia tomado, para condenar el alma de ese católico, la forma de una Venus de mármol. He mandado destruir la estatua, y os envío al pecador para que le purifique la penitencia.»

—¿Y no le condenarán?

—Se le juzgará segun nuestra conciencia.

—Está bien.

—Mirad, doña María, que es el único medio de salvar vuestro nombre de católica que anda en bocas del vulgo.

—Descuidad, D. Enrique.

—Adios, hermana mia.

—Id con Dios, hermano mio.

Así que se retiró el infante cardenal, mandó llamar doña María á Luisa Sigea, que era á la vez su maestra, su consejera y su amiga.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.

## LA NOVIA DE ORO,

CUENTO EN CASTELLANO ANTIGUO.

Salomon fué llamado un conde, asaz rico en vasallos é asaz pobre de magin, que segund cuenta el Maestro Ferruz en su coronica de los varones famosos non conocidos, hobo tierras é poder nada cortos, acullá en las septentrionales partes de España; el cual Salomon fué muy mucho familiar é devoto de un mágico sabidorisimo, timoroso de Dios é los condes, que habia nombre *Babieca*, ansi dicho con farta razon, ca seyendo home doto mas que otro ningun, non salió en cuasi toda su vida, luenga como de suegra ó simple, non salió, digo, de sayo pardo de gruesa filaza, casa de alquiler y potage de almortas. El bienaventurado Salomon casó, por consejo del Babieca su amigo, con doce mugeres arreo en soldemente treinta años; é todas las doce mugeres salomónicas fueron á maravilla hermosas é honestas, é ricas é plácientes, é de poca vida, que es rara aventura: é todas encaescieron, é viviós la cria, é fallescieron luego é la cria despues, é Salomon heredó en aquesta guisa una docena de padrimonios de gran cuantia; é catad á Salomon doce vegadas viudo, é doce vegadas mas rico ansimesmo que cuando era barragan, solo é señero en el mundo. E como entendiera en buscar la tredécima desposanda, platicó de boda con el mago, é le rogó afincadamente de facer trato con los planetas mas graves é ceñudos, como D. Junipero, D. Saturio, é D. Marcio, é con los celestes enhastados signos, á saber: D. Arias, D. Tahir é D. Capigorrionio, de le dejar una esposa que le cuidara en sus postrimerias é le diese fijos que su potente señorío heredaran. Acucioso el mago, tomó á la hora sus cuadrantes é astrolabios é otras máquinas peregrinas para hablar con los astros por señas, é significoles el cristiano deseo del Conde, é respondiéronle las estrellas haciendo guiños, que aina podria el Conde haber sucesion felice para su casa; pero en casando que se casase, moriria de fijo, ca sus altezas los planetas é signos é toda la demás cámara lucida tenian por número razonable el de una docena de novias para un solo novio, sin que la docena fués la del fraile. Amohinóse un tanto el adocenado Salomon con lo de morir si paladeaba mas el pan de la boda: ca discurriendo que sus doce veladas habian tan de súbito fenescido por ser altas é ilustres doncellas, revolvía en su caletre de se desposar al cabo con una mondonga de palacio, ojialegre é rolliza, que semejava seer asaz vividera é mas que asaz encaescedora; seyendo empero recia cosa finar á sabiendas,



parecióse consejo mas sano seguir conde viudo, que facer viuda condesa. Mas como en echando un conde el ojo á una moza, penoso el desviarlo dende le sea; é como agudamente duela á cualquier principe non dejar herederos á su talente habidos; Salomon dando hy é tomando, cayó en cuenta un viérnes en ayunas, á la hora de alenarse la barba, de que D. Capigorrionio ó D. Junipero (llamado otrimente D. Joven), D. Saturio, D. Arias é compañía amagábanle con la muerte si se casaba; pero non se casando, nada se decía de *requiem aternam*. E como fuese notoria fazaña que el mismísimo D. Joven hobiese habidoijos sin casar, en Doña Bleda, Doña Anade, Doña Guillopa (1) é otras mancebas que conosció en sus barzoneos por acá ayuso, antes de se encaramar acullá suso á las planetarias esferas; el temerario Salomon, como se vido con la barba en la mano, quisosela facer á todas las estrellas que su casamiento impedían; é non catando al que la conveniencia del su Estado, propúsose de tener subcesion sin tener esposa; é salióse con ello, é non morió, nin dolióle una uña siquiera: ca las estrellas, como gente que non se sale del su carril, magüera ofendidas, atovieronse á la letra de lo pronosticado. E la mondonga Pavonesa (que así la apellida Maese Ferruz por seer vana á la par del pavon cuando ha mas poblada la cola) des que se cató con una gentilísima rapaza de veinte meses en el regazo, dejóse en mal hora tentar del demonio de la superbia: cercóse de boato é atuendo al tenor de una emperadora, puso é quitó en el condado, trató mal á baron y escudero, dama é labriega, viuda é pupilo; á tanto que otro viérnes como el de marras, enojado el Conde por consejo del sesudo Babieca, entró de improviso en el camarín do trezaba á la sazón la casi-condesa su cabellera fermosísima; é tras el Conde fueron hy entrando de dos en dos fasta cincuenta monjas tocanegradas, é la abadesa ea medio con tigera en mano, é cabe ella la sacerstana é monaguillas con cruz, caldereta é guisopo, é dos madreicas, bellas como dos querubines, con sendos azafates é dentro un hábito é una toca, un cilicio é una zurriaga, todo safumado y entremetido en flores, oliendo á gloria. E asiendo el conde la ocasion por los cabellos (como diz socarronamente el Maestro Ferruz), asiendo pues de la stupidifaceta mondonga por el trezado, púsola en las benditas manos de la perlada é fuese dende; é rodearon á la cautiva las cincuenta sororas, cantándole é sermoneándole muy buenas cosas en latín é romance, fasta que pelada, zurriagada, ciliciada é de todo punto monificada, leváronla en procesion al su monesterio, do en pocos dias, olvidada de lo que en vano remembrarie, deprenió diestramente la manifiatura de las tortas y pan pintado, bollos, conservas é suplicaciones, seyendo luengos años sonada por ende, é fenesciendo en paz con renombre de una de las mas ejemplares é zarandeadas madres de la castra.

Rematado ya el cuento de la mondonga, que Dios ha de cierto consigo, vengamos á la hija, cuyos loores largamente relata en su coronica el Maestro Ferruz, que de seis á trece años lo enseñó cuanto él sabia, é á los trece y medio ya sabia la rapaza mucho mas que el maese. Nascida en el dia de S. Carisimo, con tal nombre fué bautizada, nombre en ella dos vegadas sinificativo: ca notorio es que esta palabra de *carisima* vale tanto como *muy querida é muy costosa*; é la mochacha, como subcesora en el condado, fuera muy querida é deseada del su padre antes aun de nacer, é fué muy amada en nasciendo, é fué muy costosa á su madre, é púdolo ser á su padre, á malquistarse las estrellas con él por haberles fecho la barba: seyendo empero una cosa barbas é pelo, aplacáronse las iras celestes con la motilacion de la monja forzada; ca los arrojós de los principes nunca se pagan en propia sino en agena cabeza; de grandes es errar; de pequeños satisfacer por los grandes. Como quier que fués, Carisima creció por sus dias andados gentil é donosa, traviesa é aguda, é señaladamente damisima en todo: nunca sufrió un vestido mas de una postura; dormía con guantes é con un polido tocado; en su vida sento los pies fuera de alfombra, litera, silla de manos ó estribo. No alcanzaba muy grand estatura; facia, si, mas linda el seer pequeñuela; el talle cabía en los jemes: lábios coralinos, dientes nacáreos, la color un tanto quebrada, cabello negro, abundoso é de lustre, los ojos negros, ansimesmo como de azabache, magüer non grandes por demás, eran sobre manera graciosos é bailarines, que alzaban en vilo: fabla era vulgar en toda España desnonces, que mirada é remirada Carisima á la menuda, non dábale en ella parte ó facion que fués de suyo acabada é perfecta; ayuntadas empero todas, armaban la fermosura mas apetescible que toparse pudiera. Aquí el Maestro Ferruz en descargo de su consciencia, declara é jura por el hábito de Sant Pedro que la medietad é un tantico mas de la gentileza de la condesica iba ciertamente en el atavio precioso é atinado que usaba; ca tal cobdicia

de galas habia la moza, é tan grandes algos despendia en ellas, que á darle Salomon barro á mano, los doce bien logrados heredamientos de las doce malogradas condesas non bastarían para su arreo, é desnonces si que fuera para su padre *carisima*. Fuera ende, la rapaza salió discreta como una sierpe, dulce como una tórtola é alegre como un pandero, á tal que non se apartaba de su boca la risa, ca deciale asaz bien á su cara. Así seyendo, dicho es que habria pretendientes abondo: cual moscas á miel acudian principes, duques é varones á requestarla: ella con apacible faz oia los requiebros de todos, respondiales con falagueras razones que non la ponian en premia, é dejábales en obsequio suyo bofordar, tornear, dar é tomar buenos tumbos é tal cual espadada, é gastar sus dineros por añadidura.

Veíalo todo é facia la vista gorda el buen Salomon por consejo del bonísimo sábio; ca veyendo farto dubboso el que la Carisima heredase la ventura de heredar á doce maridos, cordura era comenzar por uno, rico por doce. Tan á manos llenas echaron los cielos la su bendicion á la hija de la Pavonesa, que á la par dos condes é un duque, perillustres y prepotentísimos, pretendieronla por muger á la faz de la iglesia, sin se curar de que su madre non fuera velada: bien que Salomon hobiérala reconocido ante el su Consejo, é todo el condado salomonense recibíola é saludáola con vitores condesa futura.

Dias corrían, años pasaban, la Condesa llegaba á sazón; forzoso era meterla en estado. Un dia que se habia aderezado con sus galas mejores, llámase á palacio al astrólogo: Babieca viene. ¿Con quién aparellamos esta paloma? dicele jubiloso el padre. El conde Bolonio, el conde Espárrago y el duque Armatoste sospiran por la mi única hija, ¿quién carga con ella?—Dicho lo habedes, respondió gravemente Babieca: fallo es inapeable de las estrellas, que solo sea marido de la gentil Carisima quien pueda llevarla en hombros desde este palacio á mi choza.—Catad, repuso el Conde, que la manceba non es grandemente rolliza é pesante, ni yax lueñe tampoco vuestra posada: leván á tal fardo cuanto los quieren, é non sabremos á quién endilgarlo.—Si pesa ó non pesa, tornó á decir malicioso el mago, decírnoslo han los que tomarlas debén á cuestas; vengán é prueben. A la hora fueron congregados los condes é mucha gente: echaron suertes, cupóle el primero al conde Bolonio forzado garzon é redondo como una bola; cogió á Carisima de la cintura, echóla al hombro como un haz de centeno, fué á dar un paso...; Sant Llorente nos valga! El malaventurado Bolonio, cayó al suelo fecho tortilla, salpicando de sangre á todos los y estantes en torno; en el punto erudo de posarse en sus hombros Carisima, conviértiose en estatua maciza de oro, é despachurróle con su descomunal pesadumbre, quedándose ella luego como si nada hy hobiéra pasado. Así de ella el conde Espárrago, altísimo é derecho mancebo, é morió estrojado ni mas ni menos que el conde gordo el duque Armatoste, alto é fornido como los otros dos é muy mas robusto, emprendió tambien con la aciaga novia: cargo é reventó con la carga. Espantados los demás condes é barones que non osaban pretender á Carisima sinon de lueñe, fugieron dende cantar la gala á pícaro el postre. La condesica, toda confusa é avergonzada, fué á desnudar sus galas sangrientas; colérico el Conde caviló un rato si debería quemar vivo ó enforcar por lo menos al mago; mas habiendo costumbre de pedirle consejo en todo, sospechó que tal idea non le cuadraba mucho, é dejólo estar para mejor coyuntura. El doctor Babieca, solo quedante en la cámara condesil, rezó sendos responsos por los tres atortillados, é fués á yantar su escudilla de almortas.

E vedes aqui alborotados los confines de España con la estaña noticia de la *Novia de oro*, cundiente por do quier: sabrosa nueva para las damas á quien Carisima furtó sus galanes, aceda para los que presumían el conquistar á Carisima, miraculosa para todos los ál, que así á ver la ya terrible condesa acudian, como á ánima tornada del otro mundo. Mirábanla é remirábanla, é placiales el talle é la cara, el vestir, el andar, el decir é reir de la moza; concomianse un tanto é luego santiguábanse é partían de carrera diciendo: «Novia que pese, púedese sofrir, pesan todas: novia que aplaste ¡guarda! Carisima tan cara non la queremos.» El Conde que nunca pensara en desanchar los términos de sus tierras lidiando, pareciéndole mas facedera cos, los acrecentar con una boda á su interese acomodada, cobró ira tan fuerte de ver incasable á su Carisima, que de buen grado la monificara como á la madre, tomando luego otra mondonga que otro heredero le diera; hobo empero de desechar el audaz propósito, sospechando seer ya tarde para le traer á felice cabo: é non acertando á desfogar su iracundia en la su hija y en el Babieca, torció la inquina, como era justo, hácia sus vasallos, pagando por todos los que mas á la mano estovieron; enforco por ende gobernadores Pilatos, azotó Magdalenas encopetadas, encorrozó escribas, engaleró malsines, é fizo otras muchas buenas justicias, que solo se logran cuando por la permission de Dios se acedan los condes; era el estado de Salomon una balsa de aceite; estornudaba él, é calambregábase su corte. Carisima en tanto estrenaba una gala por dia, non dándosele un figo de ir á la tumba con palma.

(1) En esta cuento se llama D. Saturio á Saturno; D. Junipero y D. Joven á Júpiter; D. Marcio á Marte; á los signos Arias, Tauro y Capricornio se convierten en tres caballeros con los nombres de D. Arias, D. Tabur y D. Capigorrionio: finalmente de Leda, Europa y Danae se hace una Doña Bleda, una Doña Guillopa y una Doña Anade. Para estrepear nombres mitológicos, se pintaba solo el Maestro Ferruz.

(Nota del Editor).



Pero otra cosa estaba de ayuso. Figuradvos pues, amados leyentes de la mi leyenda, que un hermoso día de mayo, á la tardecica, monta á caballo la novia de oro (ca los caballos, como non habian de casar con ella, llevávanla á cuestras é non reventaban) é métese por un otero, é cae el caballo con la gínela en un charco, é por poco la estruja, con no ser de oro. Cabalgaba en pos de ella un palafrenero mozo, que aquel propio día fuera recibido en palacio: gritóle Carisima que la sacara de entre caballo é lodo é sesudamente respondió el palafrenero, que segund la cartilla que leida le fuera en la misma mañana, tocábale á el solear al caballo, no empero levantar, ni tocar de sus manos á su ama, cá esto era privilegio del su caballerizo. «Si vos no me alzárades, díjole jimiendo Carisima, non podré yo, cá por mi cuenta debo estar deslomada.—Veámoslo pues, repuso el remirado palafrenero;» é restallando reciamente el látigo sobre el palafren é la dama cual si enderezárlas quisiera un azote fierísimo, asustáronse al estridor, é alzáronse entrambos. «Loado sea Dios,» prosiguió el mozo: Carisima, enojada por el susto, embistió á sacar al palafrenero los ojos; mas al reparar cuánto eran lindos; aquietose de súbito é mandóle ir por las vecinas casas en busca de ropas con que mudar las suyas, todas encenagadas. Fué el palafrenero é tornó con una camisa de fino cáñamo é un jubón é saya de rica bayeta, que hóbose de vestir á falta de otros la Condesica: é al apearse el palafrenero para dar el hábito á su ama, acógiósele su caballo, é siguióle el de Carisima como buen compañero. Hételes á los dos á pié, solicos, lejos del palacio, é la noche que viene. Andan é callan al pronto, andan é departen despues é departiendo echa la Condesica de ver que el palafrenero Justino habla como un calonge, amén de ser bello como un angelon de relabro, é préndase sin mas del palafrenero. Mas el dolor de la caída molesta á la pobre moza, é cocea; nótales Justino, é olvidando ya la cartilla palafreneresca, toma á Carisima en brazos para echársela al hombro. ¡Oh fuerza del amor poderosa! Carisima, que poco antes hobiera sacado al Justino los ojos, grita como si la matáran, é pugna por abajarse cuando el palafrenero se la echa encima, timorosa de tornarse oro é atorillar al mancebo, el cual en efeto la deja. Disimulando pues el dolor, esforzándose á sonreír, magüer sin gana, prosiguió andando Carisima, é fízole contar su historia á Justino, é sopo que habia madre vieja é dos hermanas que él mantenía; que en la su aldea fuera rey de gallos ocho carnestolendas arreo: que non fuera de otro igualado en el manejo del látigo, con el cual, sin daño le hacer, gobernaba á su gusto el potro que mas coceaba; é por fin, que dejado habia en el pueblo una novia, con ánimo de no se casar mientras no pusiera en estado á las hermanicas é ganara para mantener honradamente á la vieja: Carisima lagrimó bien de vegadas, oyendo la tierna relacion del mancebo; é pidió á su amita perdon del susto; díóle ella á besar la mano; púsose él de finojos para besarla; quisole ella alzar; é al abajarse ella é levantarse él, tropezaron los labios de la moza con la frente del mozo, é osculáronse hy mal su grado, con un buen coscorron, que les fizo perecerse de risa. La madre é las hermanas fueron traídas é acomodadas en palacio al otro día.

No puede el amor abscondirse: Carisima non vivía á gusto, salvo cuando platicaba con el palafrenero, rey antes de gallos; por él facia merced á cualquiera; para él solo se engalanaba. Notólo el padre, pescudó á la hija, confesó ella, buscaron al mágico.—«Padre Babieca, dijo Carisima, yo quisiera ser de Justino; pero non quisiera estrujarle.—Babieca amigo, díjole el Conde, mozo que tan gallardamente meneaba el látigo, pareceme cortado aposta para marido é para príncipe; otro yerno apeteciera yo; pero á este apetece mi fija, é yo non he azaz de brio para emparedar á ella é descabezar á él, como barrunto que convendría: pedid á los astros que por esta vegada ahorren al novio de cargar con la novia.—Imposible, respondió el trujaman de las estrellas: Justino ha de traer á Carisima desde su palacio á mi choza; pero en vez de tornarse de oro en tomándola acuestas, puédesse tornar de pluma, en vistiendo la saya gorda que Justino le trujo cuando se enlodó en el otero.—Farto me duele, repuso la vana de Carisima, haber de casarme con vestido tan feo; pero cáseme yo á lo pobre, que yo me ataviaré luego á lo príncipe.—Mataredes á vuestro esposo, dijo Babieca: en tomando mas vuestras galas, ellas, mal grado vuestro, vos farán saltar sobre el triste Justino, trocada en oro, é será del lo que fué de los tres malaventurados.» Carisima gimió de lo hondo del alma; recobrándose, empero, dijo: «Tanto quiero á Justino, que porque á él non avenga daño por mí, aun tomara un cilicio á raíz de las carnes por toda mi vida: vestiré bayeta.» Lloró aquí el padre, llovió el mágico, bendijeron é besaron á la mochacha, é despidiéronse fasta el día siguiente. Llegada Carisima á su aposento, juntó sus galas é sus dineros, é repartiólo todo entre los pobres, apartando un gran regalo para Babieca. Mal duermen las novias la noche antes del desposorio: Carisima durmió mejor que ninguna: sobre una buena accion, ¡qué dulce es el sueño!

Amaneció, vistióse Carisima sin facer dengues la honesta ropa, é ved ¡qué asombro! mas bizarra parecia con aquel pobre hábito, que

con sus galas de costa inorme: ¿qué mejor gala que amor é virtud? El cura, padrinos é testimonias ya estaban en cas de Babieca; millares de millares de homes é fembras, en dos hileras contenidos por la guardia del Conde, facian calle del palacio á la choza: Justino andaba forastero é non sabia cosa: bajaron Salomon é Carisima á esperarle en la plaza de armas. Ya viene, ya llega: miránle todos; inquietud aguda les embarga la voz; ninguno resuella. Dice el Conde á Justino: «Toma en hombros tu novia...» Aquí gritan todos, amarillos de espanto. Adoraba Justino en Carisima, magüer nunca lo dijo: sabia que era muerto quien la alzáraa en hombros en guisa de amante; parecióle dulce muerte la que de ella viniera, y sin dudar un punto, echóla los brazos diciendo solamente al alzarla: «Carisima, mirad por mi madre.» ¡Qué pasmo! y ¡qué gritería de júbilo cuando vieron el feliz Justino, gallardeándose con la hermosa carga, mas leve que pluma, arrancó de carrera con la celeridad de quien vá hácia la dicha! Poblóse de capas el suelo, binchióse de bendiciones el aire. Recibieron las del clérigo los dos amantes, y Carisima, que fasta destonce fuera llamada la *Novia de Oro* por lo costosa, fué nombrada en adelante la *Esposa de Oro*, por su alto merecimiento, por su inestimable valia.

Remata su corónica el Maestro Ferruz con estas palabras: La mujer perdida por galas es la ruina de su marido: no le honra con ellas cuando le endeuda; le escarnece y desdora. No ama á su esposo quien no cuida su hacienda: á tal desamor y descuido siguen muy de cerca lastimosas desgracias.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

### La justicia en la Argelia.

BU-AKAS-BEN-ACHUR.

Hay en el Ferdj-Vah (al E. de Constantina) un Scheick llamado Bu-Akas-Ben-Achur, nombre antiquísimo que se encuentra unido varias veces á la historia de las dinastias árabes y berberiscas del Ybu-Khaldum.

Bu-Akas, conocido tambien por Bu-Djenni (el hombre del puñal) es la mas perfecta personificación del tipo árabe. Sus ascendientes conquistaron el Ferdj-Vah (pais hermoso) y reina él ahora en esta comarca, cuya conquista ha sabido consolidar con su enérgica administración.

El Scheick Mohamez-Beu, emisario del mariscal Valée, gobernador general de la Argelia en la época en que pasaron los sucesos que referimos, decide á Bu-Akas á entrar en negociaciones con la Francia, por resultado de las cuales hace Bu-Akas su sumision que formaliza con el envio al comandante general de Constantina de un excelente caballo de Gada y el reconocimiento del tributo anual que debe pagar en lo sucesivo. A pesar de la sinceridad con que Bu-Akas aceptó sus nuevos compromisos no desmentidos hasta ahora, negose constantemente á ir á Constantina, pretestando un juramento que se lo impedía, á las mas importunas instancias de las autoridades francesas que deseaban agasajar cordialmente al poderoso vecino cuya amistad tenían en tanto. Pero Bu-Akas temia ser retenido prisionero, y esta era en realidad la causa de su tenaz negativa.

El tributo de que hemos hecho mencion arriba, que satisface anualmente Bu-Akas al gobernador de Constantina, consiste en 80,000 francos; pues bien: todos los años despues de la siega, en el mismo día y á la misma hora exactamente entran por las puertas de la ciudad los camellos de Bu-Akas cargados con la cantidad dicha, sin que nunca se hubiese echado de menos un solo maravedí.

Bu-Akas tiene ahora cuarenta y nueve años y viste como los Kavilas, es decir, usa como ellos un albornoz que sujeta á la cintura con un ceñidor de cuero, y á la cabeza con un finocordon de seda verde. Le acompaña siempre su par de pistolas colocadas en el cinto, el alfange Kabila y una hermosa daga de negra empuñadura. Marcha en pos de un negro que le precede á guisa de correo, y es portador de su carabina y á su lado se encuentra continuamente su perro favorito, precioso lebrele que Bu-Akas tiene en grande estima.

Cuando alguna de las doce tribus que domina Bu-Akas recibe daño ú ofensa de otra vecina, no se mueve aquel: bástale enviar á su negro al aduar, capital de la tribu ofensora, enseña este el fusil de Bu-Akas, y la ofensa recibe inmediatamente la reparacion mas completa.

La fama religiosa de Bu-Akas corre parejas con la política. Sostiene á sus expensas dos ó trescientos tolbas que enseñan el Alcoran á su pueblo. Todo peregrino que va á la Meka y pasa por el Ferdj-Vah, recibe tres francos y la mas obsequiosa hospitalidad durante el tiempo que quiera pasar en los dominios del Scheick. Mas si llega á saber





que algun pseudo-peregrino explota la religiosa caridad de su pueblo le hace traer á su presencia para castigar la supercheria con cincuenta palos en las plantas de los pies.

Reune á veces á su mesa Bu-Akas mas de trescientas personas, á quienes hace los honores de la casa de una manera patriarcal, vigilando que sus esclavos no dejen nada que desear á los huéspedes, alrededor de los cuales se pasea él con el baston en la mano. Si algo queda de la comida, come Bu-Akas, mas siempre el último.

Los dominios de nuestro héroe se estienden desde Milah hasta Rabue, y desde el extremo sur del Rabur hasta dos leguas de Gigelli.

Cuando el gobernador de Constantina, única persona cuya superioridad reconoce Bu-Akas, le recomienda un viajero, segun la categoria de este ó los términos de la recomendacion, le entrega aquel su carabina, su perro ó su puñal. Si el viajero recibe la carabina, la coloca á sus espaldas: si el perro, lo conduce por un cordón con que le ata; si el puñal, le pone en el cinto y con uno ú otro de estos preciosos talismanes, cada uno de los cuales da derecho á determinados honores y acogida, puede recorrer las tribus que estan bajo el mando de Bu-Akas sin miedo á percance alguno; y lo que es mejor disfrutando de comida y alojamiento gratis, privilegio anexo á la cualidad de huésped honrado por Bu-Akas. Al dejar nuestro viajero el Ferdj-Vuh entrega el puñal, carabina ó perro al primer árabe que encuentra; y este abandonando su caza ó labranza, si en ello se ocupaba, su familia y cuanto pudiera entretenerle, toma la respetada reliquia y corre á ponerla en manos del temido Scheick.

Asi es que la daga de puño negro es muy conocida, tan conocida que ha dado su nombre á Bu-Akas, Bu-Djemí (hombre del puñal); con él, Bu-Akas corta las cabezas, cuando alguna vez, para administrar mas pronta justicia cree oportuno hacerlo por sí mismo.

Al tomar este gefe el mando del pais, hallábase infestado por infinidad de ladrones; pero Bu-Akas es hombre que consigue cuanto quiere, y los ladrones desaparecieron porque así lo quiso el Scheick, que se valió para lograrlo de un expediente ingenioso. Disfrazado de comerciante recorría el pais, y de vez en cuando dejaba caer un duro que hacia por no perder de vista. Un duro perdido, luego encuentra dueño no solo en Africa sino en cualquiera pais del mundo; mas el desdichado en cuyo bolsillo era encontrado el duro inmediatamente era decapitado por el ejecutor de Bu-Akas que disfrazado como él le acompañaba en estas escursiones. Es el resultado de este sistema de enjuiciamiento (que no titubeamos en igualar al que usaban las comisiones militares que en tiempo del consulado acompañaban á las partidas francesas que recorrían el mediodia donde los Chuanes habian dejado muchos encontradores de duros, ó á las que durante los estados de sitio en España se encargan muy frecuentemente de las funciones judiciales, surtió el mejor efecto en los estados de Bu-Akas. Dicen sus árabes que un niño de diez años puede recorrer ahora todo el pais con una corona de oro y diamantes en la cabeza, sin que en la vasta estension que aquel domina se alargue una sola mano á cogerlas. ¡Felices súbditos de Bu-Akas!

Bu-Akas respeta estraordinariamente á las mugeres: así es que es costumbre admitida en aquel pais que siempre que hombres y mugeres se encuentren en un camino se separen aquellos de él para que estas pasen delante. La menor falta á las consideraciones debidas al bello sexo es castigada inmediatamente.

Queriendo un dia el Scheick saber la opinion que de él formaban las mugeres de su pais, y á propósito de encontrar en el camino del Vued-Ferd una hermosa árabe, se aproximó á ella dirigiéndola algunas galanterias. — Aléjate, buen ginele, le contestó la hermosa, sin duda no conoces los peligros que corres, le dijo con la gravedad de una reina. — Mas como insistiese Bu-Akas importunándola — ¡Imprudente! añadió aquella ¿tan de lejos vienes que ignoras que estás en los estados del hombre del negro puñal, donde las mugeres son respetadas?

Segun dejamos dicho, es Bu-Akas eminentemente religioso, y hace de la manera regular que el rito marca, sus preces y abluciones. Tiene cuatro mugeres como lo permite el Koran: dos en su tienda de Ferdj-Vah y dos en el harem.

El Scheick Bu-Akas, como Pedro Lerroux, pone en el mismo grado criminal el robo y el adulterio, con cuyos delitos es inexorable.

Habiendo sorprendido cierto dia un habitante del Ferdj-Vah á su muger con un amante, llevó los dos culpables ante Bu-Akas, que al momento mandó decapitar al hombre; mas al irse á ejecutar la misma sentencia en la muger, parecióle sin duda muy hermosa con las lágrimas á su marido que pidió clemencia para la criminal.

— Tu mismo degollarás ahora á tu muger, le dice el inflexible Scheick entregando al marido su puñal, que yo te daré otra; mas si prefieres que ella viva, vivirá; pero morirás tú en su lugar, porque todo crimen debe ser espiado. ¡Elige pronto!

Vació un instante el marido, que al fin degolló á su muger con aprobacion de Bu-Akas, quien segun su palabra, vuelve á casar al viudo.

Cierto dia, Bu-Akas, el hombre del negro puñal, que por lo que va contado podríamos llamar mejor el justiciero, un dia, repetimos, oyó contar que el Cadi de una de las doce tribus pronunciaba sentencias dignas del rey Salomon, y como otro Aarum-al-Raschid, quiso juzgar por sí mismo de la realidad de cuanto le habian asegurado. En consecuencia, como un simple viajero sin armas ni distintivo alguno de su autoridad, parte á la tribu poseedora de juez de tal maravilla montado en un caballo de raza que no revelaba sin embargo por los arreos el poderoso dueño á quien pertenecía.

Era casualmente el dia del arribo del Schick á la tribu mencionada, dia de feria y por-consiguiente dia de audiencia. Todavía no habia llegado. ¡En todo protege Mahoma á su servidor! todavia, decimos, no habia llegado á la entrada del pueblo, cuando un mendigo cojo, asiendo á su albornoz, le pide limosna como el pobre á san Martin. Socórrele Bu-Akas con la liberalidad que un buen musulman lo hace; mas el mendigo no suelta el albornoz.

— ¿Qué me quieres? — Le dice Bu-Akas. Me has pedido limosna y te la he dado.

— Si, repuso el cojo, pero el Coran no dice solo «darás limosna á tu hermano»; si no «haz por tu hermano cuanto pudieres hacer.»

— Y bien ¿qué puedo hacer por tí? ¿qué quieres que haga?

— Puedes impedir que yo, pobre reptil, me arrastre y sea atropellado por hombres y camellos entre cuyos pies tendré que caminar si he de llegar al pueblo, cosa muy difícil hoy.

— ¿Y cómo impedirlo?

— Llevándome á la grupa hasta la plaza del mercado donde deseo estar.

— Sea, dice Bu-Akas ayudando á subir al cojo á la grupa. Con alguna dificultad se hizo la operacion esta, pero al fin se hizo; y ambos ginetes atravesaron las calles del pueblo no sin escitar la general curiosidad. Llegan á la plaza.

(Concluirá.)

## LA CABEZA DE TERNERA.

Un magistrado, á la salida de una audiencia, dijo á uno de sus compañeros que se fuera á comer con él.

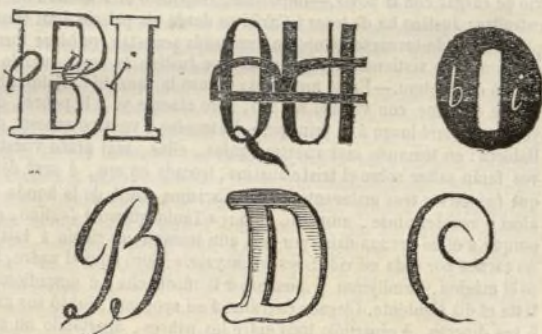
— Yo te convidaría á tí de buena gana, le contestó, pero creo que no tengo hoy nada bueno. ¿Sabes, Pedro, añadió dirigiéndose á su criado que estaba guardando la toga en un saco de damasco, lo que tengo?

— Señor, le contestó, tiene V. cabeza de ternero.

## FILANTROPIA DE UN DUQUE.

En el mes de enero de 1776, se dirigia un duque desde París á Versalles y hacia un frio escesivo. Viendo entonces que los dos lacayos que iban en la trasera de su carruaje estaban casi yertos, los hizo entrar y sentarse enfrente de él. Este rasgo de humanidad recibió justos y merecidos elogios en la corte, á los cuales contestó él con bondadoso acento diciendo: Lo que yo sentia era no poder haer entrar en el carruaje al cobero y á los caballos.

GEROGLIFICO.



Madrid.—Imprenta del SEMANARIO é ILUSTRACION,  
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.